

De 1895, el artículo de Édouard Schuré, "El individualismo y la anarquía en literatura. Federico Nietzsche y su filosofía" comienza señalando que se puede decir que la primera mitad del siglo XIX ha sido individualista, y la segunda socialista, desde el punto de vista literario. Pero los últimos veinticinco años del mismo se caracterizan por un progresivo y nuevo avance del individualismo: la obra nietzscheana es reflejo de esta situación, en la que la revolución del individuo contra todo lo que existe está a la orden del día. Este "culto intensivo del yo" implica la guerra a los principios de la moral, la religión y la filosofía, y Nietzsche, como representante más radical y convencido de este individualismo, puede colocarse en oposición a la figura de Tolstoi. Sin embargo, el individualismo nietzscheano posee un carácter educador, que se expresa en el desprecio de la popularidad.

Schuré relata que encontró a Nietzsche en Bayreuth en 1876, y que le impactó la superioridad de su espíritu, lo extraño de su fisonomía (ese aire de oficial de caballería unido a su timidez), la musicalidad de la voz, el hablar lento. En estos rasgos, Schuré ve al artista y al filósofo. La calma aparente de su expresión ocultaba el trabajo doloroso del pensamiento: todo esto daba a su rostro un carácter inquietante. En presencia de Wagner, era tímido y silencioso.

Para Schuré, Nietzsche es un pensador profundo, un escritor de primer orden, que ha dado, con su suicidio espiritual, la mayor demostración de su error (su ateísmo y su exaltación del yo).

Este libro, que incluye, además, un artículo de Georges Valbert y otro de Émile Faguet, es una valiosa herramienta de trabajo para estudiar la recepción del pensamiento de Nietzsche también en la Argentina. Porque los ojos de los intelectuales argentinos de estos años estaban vueltos hacia Francia fundamentalmente, y los autores que escribían en la *Revista de Dos mundos* son citados, comentados y reproducidos en las revistas culturales de nuestro país de aquellos años.

Mónica B. Cragnolini

De Barrenechea, Miguel Ángel, *Nietzsche e a liberdade*, Río de Janeiro, Viveiros de Castro Editora, 2000, 140 pp.

Miguel Ángel de Barrenechea es un argentino que reside en Brasil desde hace muchos años, y que ha sido co-organizador de los encuentros *Assim Falou Nietzsche* realizados en Río de Janeiro (el último, en el año 2000).

Este libro está dedicado al tema de la libertad, tema que en la filosofía de Nietzsche se aparta completamente de la tradición moral y religiosa del libre arbitrio, en la medida en que ya no se relaciona con las normas sino con la aceptación de la necesidad, y de la vida en todos sus aspectos. De este modo, Nietzsche interpreta el libre arbitrio de manera artística: la libertad humana es la del acatamiento del juego de las fuerzas terrestres, del eterno retorno, lo que permite las nuevas valoraciones. Por ello, la tesis central del libro se relaciona con la íntima relación entre libertad, necesidad y creación artística.

Para de Barrenechea, dos son los obstáculos principales para el tratamiento de este tema: por un lado, el carácter no sistemático del planteamiento de la idea de libertad en la obra de Nietzsche (algo, digamos, extensible a cualquier tema nietzscheano), por otro, el uso (sobre todo en el *Zarathustra*) de fórmulas que parecerían negar el arbitrio de manera categórica: expresiones como "determinismo", "fatalidad", "necesidad", que sugieren un rechazo de la autonomía humana. Esto tiene que ver con el hecho de que para Nietzsche la libertad no es el ejercicio de una facultad activa, sino de un *pathos* de aumento de fuerzas, "que se vivencia al obrar en sintonía con los propios instintos e impulsos" (p. 15).

La libertad para Nietzsche no es moral, sino estética, afirmación que Barrenechea apoya desde autores como Reboul y Fink. Para mostrar este carácter estético de la libertad, el libro transita tres niveles: un análisis genealógico de la libertad moral, un análisis filológico de la misma, para arribar, en tercer lugar, a la noción de libertad en el sentido artístico.

La comprensión moral de la conducta está estrechamente relacionada con la idea de un sujeto, que se considera unitario y transparente, y capaz de producir acciones. Para realizar esta crítica, es necesario un análisis lingüístico de las nociones que fundamentan la libertad moral: sujeto libre y responsable. Partiendo del § 115 de *Aurora*, que muestra que el lenguaje es un obstáculo para analizar los instintos y los así llamados fenómenos interiores

—ya que solamente existen términos para grados superlativos, pero no para los matices—, de Barrenechea sigue las líneas principales del análisis nietzscheano para mostrar la no transparencia del mundo moral (pretensión de la interpretación moral de los fenómenos), y el carácter opaco de los motivos de la conducta humana. En este sentido, el análisis del sujeto supone la idea de identidad interior, y el carácter de ambas nociones como “artículos de fe”, “supersticiones”, “preconceptos”, etcétera. Frente a la supuesta “unidad anímica”, Nietzsche destaca la “unidad fisiológica”, producto de la diversidad de fuerzas corporales. De Barrenechea indica la línea de crítica nietzscheana al sujeto que sigue la vía lingüística, es decir, la relación Dios-gramática. Es el sujeto lingüístico el que, hipostasiado, se transforma en el sujeto responsable de la moral. Íntimamente vinculadas a esta crítica al sujeto, se hallan las críticas a las nociones de sustancia y de causalidad, que permiten explicar los actos del “mundo externo”.

El sentido positivo de la libertad nietzscheana es entendido por el autor como capacidad de establecer continuamente nuevos valores, de allí que su paradigma sea el arte, y que *Así habló Zarathustra* sea la obra en la que esta concepción se “hace carne”. Aquí el arte se convierte en el propio “organon” del pensamiento, y no es correcto intentar traducir a un discurso racional-sistemático una obra que pretende, precisamente, alcanzar otra forma de expresión. Para de Barrenechea, esta obra es un llamado a la libertad, a la valentía de romper yugos milenarios. La muerte de Dios exige una decisión de libertad por parte del hombre, que debe abandonar sus viejos ídolos, la noción del superhombre lo obliga a otra decisión: seguir cultivando una vida decadente, o intentar ultrapasar las posibilidades humanas. La voluntad de potencia (aclaremos que el autor prefiere traducir de este modo el término nietzscheano) en tanto autosuperación también plantea la elección entre ésta y la pasividad, en tanto el eterno retorno se presenta como un duro imperativo que obliga a amar todo lo que es, en la “fórmula suprema del arbitrio: el *amor fati*”.

Del análisis del *Zarathustra*, de Barrenechea concluye que la forma nietzscheana de entender el arbitrio consiste en la capacidad de generar permanentemente nuevas valoraciones, y la aceptación libre de la necesidad. Esta aceptación de la necesidad se hace patente en el *Ecce homo*: “La comprobación existencial de una existencia autónoma” (p. 125), una suerte de narración del modo en que Nietzsche realizó en su propia vida el camino

zarathustriano. En este texto Nietzsche utiliza términos como “naturaleza” o “esencia” humana, usos que de Barrenechea explicita a partir del lema pindárico, tan caro al filósofo: “llega a ser el que eres”. En el mismo, a pesar de que se parece aludir a una esencia fija, se subraya que nuestro “ser” siempre está en tránsito y en vías de realización. Esta “esencia” es la que se configura a través de nuestra historia, nuestras realizaciones, etcétera. Nuestro “ser” cambia como cambian nuestras pulsiones, y es a las mismas a las que debemos obedecer para ser libres. La ética nietzscheana tiene que ver, entonces, con una dietética, una higiene y una fisiología, más que con normas. Una dietética no *prescribe*, sino que *describe* relaciones de fuerzas que determinan diversos estados de salud: por eso todo imperativo es hipotético, y adecuado a las necesidades de cada individuo.

El libro concluye en un señalamiento de los caracteres de la ética nietzscheana derivable a partir de esta idea de libertad creadora: los parámetros de conducta sólo pueden ser singulares, condicionados, no existen normas universales porque no hay un ideal de hombre. Por ello el *Ecce homo* finaliza con la contraposición Dionysos-el Crucificado, indicando la necesidad de alejarse de todos los anatemas dirigidos contra la vida terrena y singular.

Mónica B. Cragnolini

Desiato, Massimo, *Nietzsche, crítico de la posmodernidad*, Caracas, Monte Ávila Editores - Cátedra Unesco de Filosofía - IDEA, 1998, 220 pp.

Este libro tiene como propósito indagar acerca de la posibilidad de seguir pensando en las nociones de *Übermensch* y rebaño, dentro de la problemática dada por la relación individuo-comunidad en el seno de una cultura debilitada como la posmoderna. Y, al mismo tiempo, no siendo algo distinto de lo anterior, se pretende considerar qué tipo de subjetividad puede tener lugar en este contexto.

Mediante la consideración de varios textos en perspectiva, a saber, *Consideraciones intempestivas*, *El nacimiento de la tragedia*, *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*, *Acerca de la verdad y la mentira en sentido extramoral*, *Humano, demasiado humano*, *Así habló Zarathustra*, *Más allá del bien y del*